

LA LLEGADA DEL SIGLO XX A TIERRAS CARIOCAS

Con la abolición de la esclavitud y un flujo intenso de inmigración, Rio de Janeiro tuvo un gran crecimiento demográfico. Gran parte de los esclavos libertos por la Ley Áurea, firmada por la princesa regente Isabel, hija de D. Pedro II, partieron en dirección a los grandes centros urbanos donde no encontraron trabajo, pasando a vivir en condiciones en extremo miserables. Además de la ínfima oferta de trabajo, había la competencia de los extranjeros que, por ser blancos y tener mejor educación, llevaban ventaja a los antiguos esclavos.

La población se amontonaba en casas antiguas cerca del puerto, lugares insalubres que por las condiciones de hacinamiento los exponían a constantes epidemias.

La inmigración provocó un gran desequilibrio entre los sexos. La cantidad de hombres era mayor que la de mujeres, lo que ocasionó un bajo grado de uniones maritales. Eran muy pocas las familias organizadas y la tasa de nacimientos ilegítimos era alta. La ciudad era un hervidero de *malandros*, prostitutas y ex esclavos que no tenían adonde ir.

Con la proclamación de la República en 1889 esta quiebra de valores se hizo más evidente, la honestidad y los principios éticos republicanos (libertad, igualdad y fraternidad) realmente no tenían una seria resonancia:

El Estado financió la inmigración en pro de los grandes propietarios rurales, que en la práctica, eran los que sostenían el Imperio. Ellos se reorganizaron en la República y sin ser incomodados, promovieron nuevos pactos oligárquicos. El crecimiento de las economías regionales del sur y sudeste del Brasil como la de los estados de São Paulo, Minas Gerais o Paraná, que prácticamente sostuvieron la República en sus inicios, era movido por la pecuaria y principalmente por el café y por el asalto y devastación de la floresta primaria que era sencillamente quemada para servir de abono a las plantas de esa exquisitez exótica de África que se tornara , aún durante

el siglo XIX, apreciadísima en los Estados Unidos y en Europa. Permanecía así, la continuación de la idea colonialista, muy bien planteada por Sérgio Buarque de Holanda, según la cual la sostenibilidad era la tierra abundante para gastar y brazos (ahora de los inmigrantes) para trabajo. (Struminsky, 2007:2).

La discriminación racial y la desigualdad social, que se supone debían mejorar según los ideales republicanos, no cesó. La institución de la esclavitud había desaparecido al final del imperio, sin embargo, las discriminaciones de clase y raza persistieron impidiendo avances del punto de vista social. La élite gubernamental intentó sanar ese problema sirviéndose de tesis de mejoramiento de las razas e incentivando el “blanqueamiento” de la población, mediante la inmigración de colonos europeos.

El hecho de que había mucha gente para pocos empleos hizo que muchos ejerciesen oficios mal remunerados o que no tuvieran una ocupación fija. Muchos pasaron a la ilegalidad. Rio de Janeiro estaba infestado de ladrones, bandidos, ambulantes y toda clase de estafadores. La mayor parte deambulaba y actuaba en el centro de la ciudad donde vivían.

El *encilhamento*, política económica que buscaba facilitar la aplicación en operaciones industriales de los recursos antes inmovilizados por los esclavos y que se quedaron disponibles después de la abolición, llevó a una mayor emisión de moneda e intereses bajos, lo que provocó una gran fiebre especulativa. La ciudad se volvió el epicentro del “dinero fácil” para los ricos.

Sin embargo, los sectores más pobres de la población fueron los más afectados. Los productos importados (prácticamente todo era importado en la época) se tornaron más costosos debido a la caída del cambio (la devaluación de la moneda con el aumento de las emisiones) y al incremento de los impuestos sobre las importaciones. Así, el costo de vida también se elevó y los salarios cayeron. Los empleos, además de peor remunerados cada día, se hacían más escasos a causa de la constante inmigración.

La movilidad de la población brasilera, común desde los tiempos coloniales, aumentó con el fin de la esclavitud y con el

advenimiento de la República, cuando fueron sofocados algunos focos de descontento popular y algunas ciudades antiguas reformadas: *Orden y Progreso* serían las palabras de orden que hasta nuestros días flamean en el pabellón nacional. Conjuntamente con la ampliación de la red ferroviaria, esos acontecimientos aumentaron la migración interna, ofreciendo facilidades de movilidad y transformando las ciudades en centros aún más poblados. Ese incremento de la población urbana llevó a la formación de las favelas e inquilinatos, evidenciando el anacronismo de las estructuras urbanas.

Río de Janeiro a finales del siglo XIX e inicios del XX vivía un momento de gran transformación: el periodo de transición entre el viejo y patriarcal Imperio y la nueva (y supuestamente) “democrática” República. Como capital del Brasil, era la ciudad más importante y sus transformaciones, cada día más visibles y evidentes, eran acompañadas por todo el país.

Con el advenimiento de la República se creyó que habría una mayor participación del pueblo en el gobierno, pero la oligarquía políticamente dominante sentía desprecio por los pobres. Los *capoeiristas* eran perseguidos, cualquier hombre negro podría ser arrestado por “delito de vagancia”, sencillamente tras no poder probar que tenía trabajo. Sin embargo, la especulación en las bolsas de valores continuaba más fuerte que nunca. Los ideales positivistas de los republicanos no conseguían soportar una capital “tan inmundada y llena de parásitos”. El gobierno tenía vergüenza de los pobres. El código de Posturas Municipales de 1890 muestra claramente como la República se preocupaba con el control de la población marginal.

La población pobre era tan maltratada que llegó a mostrar su insatisfacción en varios movimientos como la *Revolta da Vacina* (rebelión de la vacuna), que ocurrió del 10 al 16 de noviembre de 1904 en Río de Janeiro, como consecuencia de la vacunación obligatoria contra la viruela impuesta por el gobierno federal. Aunque benéfica, la medida fue vista como un insulto a la privacidad de las personas más pobres.

La capital de la República, a pesar de poseer bellos palace-

tes e caserones, tenía graves problemas urbanos: red de aguas y alcantarillas insuficientes, recolección de basura deficiente y hacinamiento en los barrios pobres. La tuberculosis, la lepra, el sarampión, la fiebre amarilla, la viruela y la peste bubónica provocaban grandes epidemias con un costo de vidas altísimo.

El entonces presidente de la república Rodrigues Alves (1902-1906) decidió sanear y modernizar la ciudad dando plenos poderes al médico epidemiólogo Oswaldo Cruz, nombrándolo Director General de la Salud Pública para ejecutar un ambicioso proyecto sanitario: las “brigadas anti-mosquitos” invadían las casas para desinfección y exterminio del mosquito transmisor de la fiebre amarilla; veneno contra ratones era esparcido por la ciudad y el pueblo era obligado a recoger la basura que contaminaba las calles.

Oswaldo Cruz logró además convencer al Congreso a aprobar la *ley de la vacunación obligatoria* (octubre 10 de 1904) que permitía a las brigadas entrar a la fuerza en las casas acompañados por policías para vacunar a la gente.

La resistencia popular tuvo el apoyo de los cadetes de la Escuela Militar. Los hechos tuvieron inicio el día 10 de noviembre de 1904. El día 12 una marcha se dirigió al Palacio del Catete, sede del gobierno Federal. La población estaba alarmada, confundida y descontenta, y la ciudad en ruinas, en plena fase del “Bota-Abaixo” (tirar abajo todo lo viejo), que obligaba a los pobres a desplazarse a la periferia. Además, los rumores decían que la vacuna (algo nuevo para la época y que la gente no entendía muy bien) debería ser aplicada en las “partes íntimas” del cuerpo, lo que obligaría a las señoras a desnudarse parcialmente frente a los vacunadores. Eso agravó la ira de una población que se rebeló. El día 13, el centro de Rio de Janeiro se transformó en un campo de batalla: los almacenes fueron depredados, se incendiaron tranvías, postes de iluminación a gas quebrados y la policía fue atacada con palos y piedras:

Disparos, gritería, trancones en el tránsito, comercio cerrado, transporte público asaltado y quemado, las lámparas

a gas quebradas a piedras, destrucción de fachadas de edificios públicos y privados, árboles tumbados: el pueblo de Rio de Janeiro se rebela contra el proyecto de vacunación obligatorio propuesto por el médico epidemiólogo Oswaldo Cruz". (Gazeta de Notícias, noviembre 14 de 1904).

La reacción popular obligó al gobierno a suspender la obligatoriedad de la vacuna y el *estado de sitio* fue declarado. La rebelión dejó 50 muertos y 110 heridos. Centenares fueron arrestados y deportados para Acre, estado situado en la Amazonía brasilera.

Estos sectores más pobres, aunque no tuviesen espacio político para manifestarse, mostraban su inconformidad organizándose en pequeñas comunidades étnicas, locales o habitacionales donde más tarde surgieron las asociaciones obreras y anarquistas.

Edson Struminsky en *Retratos del Brasil en la Primera República* plantea:

La idea republicana se consolidó en Brasil a partir del cuestionamiento del costo absurdo y de la falta de preparación del Imperio brasileiro frente a guerras internas y a confrontaciones como la Guerra del Paraguay (1865-1870), además de la constatación inevitable de que el conservador Imperio brasileiro se mostraba incapaz de promover el progreso material a partir de los recursos naturales del país y de solucionar debidamente cuestiones sociales, como la esclavitud, añoradas por parte de la élite brasileira (...) el republicanismo surgió como movimiento político y social, teniendo como base ideológica el positivismo, doctrina francesa que llegó al Brasil en esa época. (Struminsky, 2007:1).

Siendo así, desde el punto de vista económico, la república se tornó parecida al Imperio, donde las oligarquías agropecuarias e industriales se turnaban en el poder en lo que históricamente se denominó la *política del café con leche* (café de São Paulo y leche de Minas Gerais). Los grandes terratenientes seguían llevando la batuta y la balanza comercial del país se veía limitada a los productos rurales sobre los cuales la tan añorada ciencia y

tecnología del ideario comteano tenía un efecto prácticamente incipiente.

Para los seguidores de Augusto Comte, el gobierno era una cuestión de eficiencia a través del saber científico, práctico y objetivo. El individualismo y el liberalismo eran limitados, los actos de la vida regulados y la libertad moral sólo era permitida dentro de los límites de la “orden” social.

Los criticados *bachareles del Imperio*, periodistas, literatos, abogados y toda clase de hijos de los poderosos *coroneles del Imperio* que deambulaban por la capital de la República, debían ser remplazados por científicos, ingenieros, arquitectos, urbanistas, administradores, militares y principalmente médicos, para promover un proceso de “higienización” y poner en ejecución proyectos que experimentaran nuevas concepciones sobre la sostenibilidad del país basadas en la idea del “progreso”. El poder después del 15 de noviembre de 1889 pasaría a manos de esa nueva élite científico-tecnológica, una nueva “burocracia técnico-profesional” cuyas decisiones vendría a cambiar profundamente la vida de las gentes cariocas.

Bajo el mando del presidente Manuel Ferraz de Campos Sales (1898-1902) la república se tornó definitivamente oligárquica y las finanzas del país fueron saneadas, lográndose reunir recursos suficientes para iniciar las obras de embellecimiento y saneamiento de Rio de Janeiro.

Los ricos ubicaban sus mansiones en Botafogo, Catete y Laranjeiras, pero continuaban con sus negocios en el inmundo centro de la ciudad donde tenían sus oficinas y grandes comercios. El presidente Francisco de Paula Rodrigues Alves (1902-1906) cambió definitivamente esa situación. Transformó al prefecto³ de la ciudad, Pereira Passos, en un dictador que mandó demoler gran parte de las antiguas edificaciones y echó del centro toda aquella gente pobre que vivía del comercio y de las oportunidades que el puerto les ofrecía:

³ En las ciudades brasileras, funcionario público sobre quien recae el poder ejecutivo municipal (*prefeito* en portugués), equivalente al *alcalde* o *presidente municipal* (Nota del traductor).

Oswaldo Cruz inicia la campaña por la extinción de la fiebre amarilla y el alcalde Pereira Passos se torna el Barón de Haussmann de Río de Janeiro, modernizando la vieja ciudad colonial de calles estrechas y tortuosas. Con una diferencia: Haussmann remodeló París, teniendo en vista objetivos político-militares, dando a los bulevares un trazado estratégico a fin de evitar las barricadas de las revoluciones liberales de 1830 y 1848, mientras que los planes de Pereira Passos se orientaban hacia fines exclusivamente progresistas, para dar a Río una fisonomía parisina, un aspecto de ciudad europea. Fue el período del “Bota-Abaixo”. (Broca apud Matta, 2003: 268-269).

La ciudad se transformó en una París de los trópicos, un modelo europeo de metrópolis. La mitad del centro fue demolida para abrir una avenida *Belle Epoque*, la Avenida Central (actual Avenida Rio Branco) con 1.800 metros de largo y 33 metros de ancho; su construcción exigió la demolición de 590 (!!!) predios viejos del centro. Colinas fueron arrasadas para construir un puerto y una segunda avenida, la Beira Mar, uniendo el centro a los barrios elegantes de los ricos. En 20 meses, Pereira Passos desalojó millares de personas, centenas de establecimientos comerciales, instaló alcantarillado, agua, electricidad, pavimentó avenidas, sembró árboles, en una obra de gran costo social para la época; que, sin embargo, transformó ciertamente a Río de Janeiro en una ciudad “moderna”, digna del siglo XX, colocando al Brasil en el escenario internacional, mostrando la importancia que la ciudad tenía en Latinoamérica.

La Avenida Central fue inaugurada el 15 de noviembre de 1905, celebrando los 16 años de la nueva república. Seis años después, el 12 de febrero de 1912, el nombre fue cambiado a Barão do Rio Branco, en homenaje al honorable diplomático que había fallecido. Pavimentada con piedras portuguesas, la avenida fue adornada con árboles de palo-Brasil, nuestro árbol símbolo, al que se debe el nombre del país. Muy pronto se transformaría en el paseo público de los cariocas.

Edificios de gran belleza arquitectónica fueron construidos, como el Teatro Municipal, la Biblioteca Nacional, el Museo de

Bellas Artes. Hasta un espécimen de ave europea, el *passer domesticus*, nuestro muy conocido *pardal* (que hoy por hoy es una verdadera plaga en la ciudad por el fuerte ruido que hace) fue importado para que la ciudad tuviera el mismo sonido natural que las capitales europeas.

Con las obras se logró disminuir la promiscuidad social en que vivía la gente pobre. Éstos, sin tener adonde ir, fueron cada vez más relegados a los pocos espacios que “sobraron” en el centro, o subieron las colinas cariocas para ocuparlas con chozas que no tenían ningún tipo de infraestructura. Al final de la administración de Rodrigues Alves, el resultado de la “modernización” de la ciudad era evidente: una ciudad “civilizada” para los ricos; los no tan “pudientes desplazados a los suburbios, y los menos favorecidos conviviendo con la miseria en las colinas de la ciudad, lejos de la vista de las élites.

Para tener una idea de cómo cambió la vida cultural en la ciudad frente a las nuevas reformas, traemos los planteamientos de la literata Carmen da Matta. Según la autora, la vida literaria habría superado la propia vida:

Hausmann implementó una reforma para fines políticos y bélicos, ya Pereira Passos transformaba el paisaje urbano de manera radical con un sentimiento de modernización y con una perspectiva civilizadora; lo que en otras palabras quiere decir, modernizar para propiciar mejor tránsito y placeres a las élites. Ser civilizado, entonces, era tomar a Europa como parámetro, y así volver a la misma problemática vinculada a la “dialéctica copia-innovación”.... Pereira Passos, con su plan modernizador, fue un estimulador de espectáculos mundanos. Acabó por influenciar decisivamente las relaciones literarias. Los escritores llenaban de “mundanismo” un panorama repleto de acontecimientos sociales, chismes, intrigas, rumores, modismos. Se consolida en esa época el antagonismo entre la “ciudad”, formada por los barrios más aristocráticos, y los suburbios, con costumbres y hábitos más sencillos. (Matta 2003:269).

El paisaje urbano, sin embargo, continuó mostrando sus antagonismos. La modernización fue limitada a determinados espacios y las diferencias se acentuaron:

Las intervenciones urbanas realizadas por los republicanos fueron semejantes a grandes cirugías donde las heridas continuaron abiertas. Para cada área de inquilinatos demolida para la construcción de avenidas y nuevos palacetes centrales surgieron nuevas ocupaciones precarias más distantes, muchas veces en áreas verdes que harían falta en el futuro para las grandes metrópolis. Los moradores se volvían “favelados”, pues fueron sencillamente mandados “às favas” [al carajo]... nombre, a propósito, de una planta del semiárido del sertón de Canudos⁴, adonde fueron enviados los sobrevivientes de la masacre de Canudos⁵. (Struminsky, 2007:1).

Plantea Struminsky aun, que ese progreso “abstracto” que no ha podido ser completamente implantado creó imágenes confusas, a tal punto, que la población no reconoce las personalidades políticas de la época que dieron nombre a las avenidas modernas, creando una especie de “limbo histórico”. Es interesante notar que una república tan supuestamente innovadora sea, hoy por hoy, llamada “República Vieja”. Tal vez sea por la poca afinidad con los intereses de la gente del común de la época, ambigüedades esas que hasta nuestros días marcan fuertemente la sociedad brasilera contemporánea.

Esas ambigüedades también son frecuentes en lo referido

⁴ Existe, sin embargo, otra versión según la cual los términos *favela* tiene origen en una planta común en el lugar donde acamparon los soldados de la campaña de Canudos, que al regresar a Río de Janeiro esperaron en vano el cumplimiento de la promesa del gobierno central en otorgarles terrenos para vivienda, acampando en el actual Morro da Providência, palabra que en portugués significa *diligencia*. Esos soldados, reiteradamente referidos como “los que acamparon en el área de la favela”, más tarde serían llamados *favelados*.

⁵ La Guerra de Canudos fue la confrontación entre los habitantes de la villa de Canudos, cuyo líder era el beato Antonio Conselheiro— situada en el norte del estado de Bahia, noreste de Brasil, y las tropas del ejército brasilero, que después de cuatro expediciones logró acabar con la resistencia de los lugareños. La guerra duró casi un año, de noviembre de 1896 a octubre de 1897. El clásico de la literatura brasilera, *Los Sertones* de Euclides da Cunha, testigo ocular de los hechos, narra esa horrenda historia, considerada una de las más trágicas páginas de la vida brasileña. Fue una vez más la victoria de los intereses de los grandes terratenientes de la región, reacios a perder la mano de obra casi esclava que tenían en sus haciendas en favor del exitoso proyecto de Conselheiro, en el cual el producto del trabajo generado por el pueblo era dividido entre todos los habitantes. Acusándolos de “restauradores de la monarquía” (extinta en 1889), los poderosos “caciques” de la región aliados a la Iglesia Católica lograron que los líderes de la recién instaurada República barriesen Canudos del mapa. Tras la masacre, la villa fue totalmente incendiada.

a las representaciones sobre lo femenino. ¿Cómo veía la *intelligentsia* masculina de la época la evolución de la trayectoria femenina hacia la vida pública? Para responder a esta pregunta creemos que es importante discutir a continuación las imágenes proyectadas por la pluma de Lima Barreto, un intelectual que abordó esta cuestión frecuentemente.